

Capítulo 2

PERSPECTIVAS DEMOGRAFICAS

Para llegar a dominar las cuestiones y los problemas poblacionales hay que poner en relación los hechos demográficos con los «por qué» y los «por tanto». En otras palabras, es preciso disponer de una *perspectiva demográfica*, es decir, de un esquema que permita relacionar la información básica con teorías acerca del funcionamiento demográfico del mundo. La perspectiva demográfica proporciona una guía para comprender las relaciones, a menudo intrincadas, existentes entre los factores demográficos (como el tamaño, distribución, estructura de edades y crecimiento de una población) y el resto de cuanto ocurre en la sociedad. A medida que el lector vaya desarrollando su propia perspectiva demográfica adquirirá una nueva manera de enfocar su comunidad o su trabajo, por ejemplo, o los problemas sociales y políticos del mundo y de su país. Podrá entonces preguntarse por la influencia que los cambios demográficos han tenido (o podrían haber tenido), y podrá evaluar las consecuencias demográficas de determinados acontecimientos.

En este capítulo presentaré varias teorías acerca del modo en que los procesos poblacionales se entrelazan con los procesos sociales generales. Algunos de los más influyentes pensadores del mundo han analizado la relación existente entre sociedad y población y sus esfuerzos han tenido una importante influencia sobre la acción (o inacción) gubernamental en muchos lugares del mundo. El propósito de esta exposición es permitir al lector empezar a desarrollar su propia perspectiva demográfica aprovechando lo que otros aprendieron y nos legaron.

Existen dos grandes preguntas que han de ser contestadas antes de poder desarrollar una perspectiva propia: (1) ¿cuáles son las causas del crecimiento demográfico (o al menos del cambio demográfico)?; y (2) ¿cuáles son las consecuencias del crecimiento o del cambio demográfico? En este capítulo expondré varias perspectivas que aportan grandes respuestas a éstos interrogantes al tiempo que nos introducen en las grandes líneas de la teoría demográfica.

El capítulo comienza con una breve presentación del pensamiento pre-moderno sobre el tema de la población. La mayor parte de tales ideas constituyen *doctrinas*, es decir, algo opuesto a una *teoría*. Los primeros pensadores tenían la certeza de po-

seer las respuestas y de que sus aseveraciones representaban la verdad respecto del crecimiento demográfico y de sus implicaciones para la sociedad. Por el contrario, la esencia del pensamiento científico moderno consiste en suponer que no se tiene la respuesta y en aceptar el examen de cualquier indicio con independencia del resultado a que parezca apuntar. Para cribar los distintos indicios disponibles elaboramos explicaciones tentativas (teorías) que contribuyen a orientar nuestro pensamiento y nuestro afán por comprender.

Doctrinas demográficas premodernas

Las sociedades antiguas parecen haber tenido una única e intensa preocupación respecto de la población: daban un alto valor a la reproducción, como forma de reemplazo de las personas perdidas como consecuencia de la universalmente elevada mortalidad. De hecho la capacidad reproductiva era a menudo deificada, como por ejemplo ocurría en la antigua Grecia, donde una variedad de diosas tenía encomendada la función de ayuda a los humanos a traer, con bien, hijos al mundo y a criarlos hasta la edad adulta. Sin embargo, hasta la época de la Grecia clásica no encontramos una doctrina demográfica claramente formulada. En *Las leyes* Platón insiste en que la estabilidad demográfica es esencial para alcanzar el estado de perfección humana deseado. Platón es así el primer exponente de la doctrina de que, por lo que respecta a la población humana, la calidad es más importante que la cantidad. Su idea no era, sin embargo, universalmente compartida: aproximadamente en ese mismo siglo, en la India, Kautilya (300 a. de C.) señalaba que aun cuando un territorio puede contar o bien con demasiada, o bien con demasiado poca gente en relación con sus recursos, la segunda de estas dos alternativas constituye el mal mayor (véase Keyfitz, 1972).

En el Imperio Romano los reinados de Julio y Augusto César estuvieron dominados por doctrinas claramente *pronatalistas*. Según Cicerón, los emperadores veían en el crecimiento demográfico un medio de cubrir las bajas causadas por la guerra y de producir los individuos necesarios para colonizar el imperio. Sin embargo, y pese a sus doctrinas pronatalistas, el Imperio Romano registró, en su etapa final, un descenso de la tasa de natalidad.

La Edad Media, que se abre con la caída del Imperio Romano, tendió a estar dominada por doctrinas esencialmente *antinatalistas*. Sabemos, por ejemplo, que San Agustín (354-430) consideraba a la virginidad como la forma más elevada de existencia humana. Según él, una continencia sexual generalizada contribuiría a completar la Ciudad de Dios y a acelerar el fin del mundo. Este período de la historia europea se caracteriza por su fatalismo y su estancamiento económico. En lo que a población respecta, durante siglos los pensadores se limitaron a la idea de que se trataba de algo que Dios se encargaba de regular (Strangeland, 1904).

Hacia el siglo XIII, y tras el redescubrimiento de los escritos de Aristóteles, nuevas ideas empezaron a oírse en Europa. Para Tomás de Aquino contraer matrimonio y crear una familia en nada era inferior al celibato. Hacia el siglo XVII, con el auge del *mercantilismo* (que sostenía la importancia, para las naciones, del aumento del comercio y de la riqueza) el crecimiento, y no ya el mero reemplazo, de la población empezó a ser considerado esencial para lograr el aumento de las rentas públicas. Para escritores como Süssmilch en Alemania, la riqueza de una sociedad era igual a la producción total menos los salarios pagados a los trabajadores. Dado que el nivel de salarios tendía a bajar a medida que crecía la mano de obra disponible,

resultaba claramente ventajoso para un país contar con una población creciente.

A la altura del siglo XVIII la doctrina pronatalista de los mercantilistas no parecía haber tenido éxito en fomentar un crecimiento demográfico rápido mientras que, en cambio, había pasado a ser asociada a la generación de niveles crecientes de pobreza (Keyfitz, 1972). La reacción contra el pensamiento mercantilista cristaliza en la filosofía *fisiocrática* que, en esencia, sostenía que la tierra, y no las personas, constituye la verdadera fuente de riqueza de una nación. Adam Smith, uno de los más famosos exponentes de esta línea de pensamiento, pensaba que existía una armonía natural entre crecimiento económico y crecimiento demográfico, dependiendo éste siempre de aquél. Así, creía que el tamaño de una población viene determinado por la demanda de mano de obra, que a su vez es determinada por la productividad de la tierra.

Es entonces, a finales del siglo XVIII, en pleno predominio del pensamiento fisiocrático, cuando hace su entrada en escena la primera gran teoría de la población, elaborada por Thomas Robert Malthus.

La perspectiva malthusiana

La perspectiva malthusiana tiene su origen en los escritos del clérigo y profesor universitario inglés Thomas Robert Malthus. Su *Essay on Population* (Ensayo sobre la población) publicado en 1798 (y de modo especial, las posteriores ediciones que se sucedieron a lo largo de más de 30 años) ha sido sin lugar a duda la más influyente de cuantas obras han tratado de poner en relación el crecimiento demográfico con sus consecuencias sociales. Malthus, ciertamente, se apoyaba en autores anteriores pero fue el primero en trazar, de forma sistemática, una explicación que ponía en relación las consecuencias del crecimiento con sus causas.

Causas del crecimiento demográfico

Malthus creía que los seres humanos, como las plantas y los animales no racionales, se veían «impelidos» a incrementar la población de la especie por lo que consideraba un poderoso «instinto»: el impulso de reproducción. Más aún, si no existiesen frenos al crecimiento de la población, los seres humanos se multiplicarían hasta alcanzar cifras «incalculables», llenando «millones de mundos en unos pocos miles de años» (Malthus, 1872:6). Sin embargo, los humanos estamos muy lejos de haber alcanzado tan impresionantes cotas. ¿Por qué? Por la intervención de esos frenos al crecimiento indicados por Malthus que, al impedir el desenvolvimiento pleno del potencial biológico humano, han evitado que la tierra toda esté cubierta de individuos.

Según Malthus, el freno último del crecimiento es la falta de alimentos. La base de su argumentación es que las poblaciones tienden a crecer más deprisa que sus recursos alimenticios (sobre este tema volveremos en el Capítulo 11) dado que la población tiende a crecer geométricamente (una pareja puede tener cuatro hijos, dieciséis nietos, etc.) mientras que, en su opinión, la producción de alimentos sólo puede crecer aritméticamente, al no poderse añadir más de un acre a la vez a la tierra cultivada. Así, según el orden natural de las cosas, el crecimiento de la población termina por desbordar las existencias de alimentos, y la falta de éstos acaba por detener el aumento de la población.

Malthus era, por supuesto, consciente de que la inanición rara vez opera direc-

tamente como factor de mortalidad, pues por lo general son otros los factores que terminan con la vida de las personas antes de que éstas puedan morir realmente de hambre. Esos otros factores constituyen lo que Malthus denomina *frenos positivos*, es decir, fundamentalmente aquellas medidas «tanto de orden moral como físico que tienden a debilitar y destruir prematuramente la constitución humana» (Malthus, 1872:12). Existen también *frenos preventivos*, es decir, limitaciones de los nacimientos. En teoría los frenos preventivos incluyen todos los medios posibles de control de la natalidad, incluyendo la continencia, la anticoncepción y el aborto. Para Malthus, sin embargo, el único medio aceptable de impedir un nacimiento es el ejercicio de la *contención moral*, es decir, la posposición del matrimonio hasta que el varón esté «seguro de que, caso de tener una familia numerosa, sus esfuerzos lograrán evitarle vestir con harapos, vivir en la más absoluta pobreza y la consiguiente degradación en su comunidad» (1872:13), guardando entretanto castidad total. Cualquier otro medio de control de la natalidad, incluyendo la *anticoncepción* (tanto antes como después del matrimonio), el *aborto*, el *infanticidio* o cualquier «medio impropio» constituye, en su opinión, una práctica viciosa que no puede sino «rebajar de manera señalada la dignidad de la naturaleza humana». La contención moral representaba una cuestión muy importante para Malthus ya que pensaba que si los individuos pudieran evitar los nacimientos por «medios impropios» (como la prostitución, la anticoncepción, el aborto o la esterilización) entonces emplearían sus energías de forma económicamente improductiva, por así decirlo. El marco de referencia malthusiano aparece resumido en la Tabla 2.1.

TABLA 2.1. *Cuadro de referencia malthusiano.*

Capacidad de crecimiento de la población	Frenos al crecimiento de la población											
	Frenos preventivos						Frenos positivos					
Instinto de la reproducción	Limitaciones voluntarias o racionales de los nacimientos						Causas de la mortalidad					
	Freno moral			Libertinaje			Libertinaje			Miseria		
	Medios de subsistencia			Medios de subsistencia			Medios de subsistencia			Medios de subsistencia		
	Tierra	Oficios	Organización social	Tierra	Oficios	Organización social	Tierra	Oficios	Organización social	Tierra	Oficios	Organización social

FUENTE: K. Davis, 1955, «Malthus and the theory of population», en P. Lazarsfeld y M. Rosenberg, eds., *The Language of Social Research*, New York, The Free Press.

Debo señalar que como teoría científica la perspectiva malthusiana deja mucho que desear, pues continuamente mezcla razonamientos de orden científico con otros de orden moral. Sin embargo, y pese a sus defectos (que fueron percibidos incluso en su época) la forma de razonar de Malthus le condujo a importantes conclusiones acerca de las consecuencias del crecimiento demográfico.

Consecuencias del crecimiento demográfico

Malthus creía que la pobreza es una consecuencia natural del crecimiento demográfico. Esto no es sino la conclusión lógica de sus argumentos básicos: (1) los seres humanos tienen un impulso natural de reproducción; (2) el incremento en la producción de alimentos no puede seguir el paso al crecimiento demográfico. En su análisis dio completamente la vuelta a las argumentaciones de Adam Smith y de los fisiócratas. En vez de pensar, como Adam Smith, que el crecimiento demográfico depende de la demanda de mano de obra, Malthus creía que, como consecuencia de la fuerza del impulso de reproducción, la presión demográfica precede siempre a la demanda de mano de obra. Así la «superpoblación» (medida por el nivel de desempleo) termina por forzar una baja de los salarios hasta un punto que no permite a la gente casarse y tener familia. Con un nivel salarial tan bajo, con un excedente de mano de obra y con individuos dispuestos a trabajar más, simplemente por un salario de mera subsistencia, los propietarios de tierra pueden decidir contratar más mano de obra y poner más superficie en cultivo, aumentando así los medios de subsistencia. Malthus creía que este ciclo (aumento de los recursos alimenticios, que da lugar a un crecimiento poblacional, que a su vez da lugar a un exceso de población en relación con los recursos disponibles, que a su vez origina un retorno a la pobreza) formaba parte de una ley demográfica natural. Cada incremento en la producción de alimentos no supone así, desde su perspectiva, sino que con el tiempo haya más gente pobre.

Como puede verse, Malthus no tenía en conjunto una opinión elevada sobre el género humano. Consideraba que la mayoría de sus congéneres eran demasiado «inertes, perezosos y enemigos del trabajo» (1798:363) como para tratar de embridar el ansia de reproducción cada vez que había más recursos disponibles evitando así aumentar la población y, con ello, volver a la situación de pobreza. De esta manera venía, fundamentalmente, a responsabilizar a los propios pobres por su situación de pobreza. Sólo hay una forma, improbable, de conseguir evitar esta lamentable situación.

Cómo evitar las consecuencias

Malthus sostenía que «el esfuerzo por evitar el sufrimiento, más que la búsqueda del placer, constituye el gran estímulo para actuar en la vida» (1789:359). El placer sólo estimula la actividad cuando su ausencia se hace dolorosa. Malthus pensaba que la persona racional, cultivada, sería capaz de percibir por adelantado el sufrimiento que le causaría no poder alimentar a sus hijos o vivir endeudado; en consecuencia, pospondría el contraer matrimonio o el tener relaciones sexuales hasta estar seguro de poder evitar ese sufrimiento. De existir esa motivación, y de operar por tanto el freno preventivo, entonces las lamentables consecuencias del crecimiento demográfico podrían ser evitadas. No hay así otra manera de romper el ciclo que cambiar la naturaleza humana. Malthus creía que si todo el mundo compartiese los valores de la clase media, el problema se resolvería por sí solo, pero consideraba que esto era imposible ya que no todas las personas tienen el talento preciso para llegar a convertirse, con éxito, en miembros virtuosos y diligentes de la clase media. Ahora bien, con que la mayoría al menos lo intentase la pobreza se reduciría considerablemente.

Para Malthus el éxito material es consecuencia de la capacidad humana de pla-

near racionalmente, es decir, de anticipar las consecuencias futuras del comportamiento actual. Personalmente fue un hombre que practicó lo que predicaba: planeó su familia racionalmente, esperando para casarse y tener hijos hasta los 39 años (es decir, hasta poco después de haber conseguido, en 1805, un trabajo seguro como profesor universitario). Además, él y su mujer (que era 11 años más joven) sólo tuvieron tres hijos, aunque más tarde sus detractores dijeran que había tenido 11 (Nickerson, 1975).

En resumen, para Malthus la principal consecuencia del crecimiento demográfico es la pobreza. Ahora bien, esta pobreza contiene el estímulo para la acción capaz de sacar a la gente de su miseria. Así pues, si la gente sigue siendo pobre es por su culpa, por no tratar de hacer algo al respecto. Por esta razón Malthus se oponía a las Leyes de Pobres (Poor Laws) inglesas (se trataba de leyes que establecían determinadas asistencias sociales para los pobres) ya que consideraba que no servían sino para perpetuar la miseria. Permitían, en efecto, que los pobres fueran mantenidos por otros evitándoles así sentir ese gran sufrimiento cuya evitación hubiera podido llevarles a controlar los nacimientos. Malthus consideraba que si cada individuo tuviera que ocuparse de alimentar a sus hijos tendría mayor prudencia a la hora de casarse y de crear una familia.

La argumentación malthusiana ha resultado, quizá, menos importante por su contenido real que por el vendaval de polémicas que originó. En sus ataques a Malthus, Karl Marx y Friedrich Engels se mostraron especialmente virulentos.

La perspectiva marxista

Karl Marx y Friedrich Engels eran, ambos, adolescentes en Alemania cuando Malthus falleció en Inglaterra en el año 1834. Cuando se encontraron en Inglaterra, adonde cada uno había ido por su lado, las ideas de Malthus eran ya políticamente influyentes en la tierra natal de ambos. Varios estados alemanes y Austria, en efecto, habían reaccionado ante lo que consideraron un aumento excesivamente rápido del número de pobres promulgando leyes que prohibían casarse a quien no pudiera garantizar que su familia no acabaría dependiendo de la asistencia pública (Glass, 1953). En la práctica estas medidas se volvieron contra tales estados alemanes, pues la gente siguió teniendo hijos, sólo que fuera del matrimonio. Ello originó un aumento de los gastos de asistencia pública, ya que el estado tenía que hacerse cargo de los niños ilegítimos (Knodel, 1970). Finalmente dicha legislación fue abolida pero no sin haber causado antes un gran impacto en Marx y Engels, que consideraron la perspectiva malthusiana como un ultraje a la humanidad. Su perspectiva demográfica nació así como reacción contra Malthus.

Causas del crecimiento demográfico

Ni Marx ni Engels abordaron nunca, directamente, la cuestión de por qué, y cómo, crecen las poblaciones. No parecen haber tenido, en este punto, grandes discrepancias con Malthus, aunque muy probablemente, de habérselo podido preguntar, se habrían mostrado más a favor de la anticoncepción que de la contención moral como forma de evitar los nacimientos. Estaban a favor de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y no veían mal alguno en evitar los nacimientos. Se mostraban sin embargo escépticos respecto de las leyes naturales o eternas de la po-

blación formuladas por Malthus (a saber, que la población tiende a desbordar los recursos), optando en cambio por percibir la actividad humana como producto de un entorno económico y social determinado. La perspectiva *marxista* básica es que cada sociedad, en cada momento histórico, tiene su propia ley de la población que determina las consecuencias del crecimiento demográfico. Para el *capitalismo* esas consecuencias son sobrepoblación y pobreza; en una sociedad socialista, en cambio, el crecimiento poblacional es absorbido inmediatamente por la economía, sin efecto secundario alguno. Esta forma de razonar suponía no tanto un rechazo abierto de la explicación malthusiana de por qué crecen las poblaciones cuanto un rechazo de su teoría de las consecuencias del crecimiento demográfico.

Consecuencias del crecimiento demográfico

Marx y Engels rechazaban de plano la idea de que los pobres tienen la culpa de su pobreza. Pensaban, en cambio, que la pobreza es resultado de la mala organización de la sociedad, especialmente de la sociedad *capitalista*. En los escritos de Marx y Engels se encuentra implícita la idea de que la consecuencia normal del crecimiento demográfico debería ser un aumento significativo de la producción. Después de todo, todo obrero produce, obviamente, más de lo que precisa para su subsistencia: si no fuera así, ¿cómo podría sobrevivir toda la población dependiente (incluyendo los opulentos empresarios)? En una sociedad bien organizada, un mayor número de individuos debería suponer más riqueza, no más pobreza (Engels, 1844). Marx y Engels discrepaban especialmente de la idea malthusiana de que los recursos no pueden crecer tan rápidamente como la población. No veían razón alguna que permitiera sospechar que la ciencia y la tecnología no podrían aumentar las disponibilidades de alimentos y de otros recursos con la misma rapidez con que la población creciese. El propio Malthus pudo ver que las industrias fabriles realizaban beneficios, pero no se le ocurrió que pudieran realizarse transferencias de capital y de tecnología a la agricultura que permitieran un crecimiento de los recursos alimenticios tan rápido como el de la población. Sin embargo, en uno de los pasajes menos coherentes con el sentido general de su obra, Malthus indica que en Estados Unidos, tanto la población como la producción de alimentos había ido duplicándose cada 25 años.

No sólo pensaban Marx y Engels que en general la pobreza no es el resultado final del crecimiento demográfico, sino que específicamente sostenían que incluso en la Inglaterra de su tiempo había riqueza suficiente para eliminar la pobreza. Si en Inglaterra el aumento de población había supuesto mayor riqueza para los capitalistas y no para los trabajadores, ello se debía a que los primeros se quedaban con parte del salario de los segundos en concepto de beneficios. Según Marx esto se realizaba desposeyendo a los trabajadores de sus herramientas para luego, en esencia, cobrarles por poder ir a la fábrica a trabajar. Por ejemplo, si un trabajador no tiene las herramientas precisas para construir un automóvil pero desea trabajar construyendo automóviles puede encontrar trabajo en una fábrica y acudir a ella ocho horas diarias. Ahora bien, según Marx el salario que percibirá corresponderá tan sólo a seis horas: el capitalista (o propietario de la fábrica) se queda con el resto en pago por la utilización de sus herramientas. Por supuesto, cuanto más se apropie el capitalista menos percibirá el trabajador y más pobre será.

Por otro lado, Marx sostenía que el funcionamiento del capitalismo se basa en utilizar el trabajo de la clase obrera para obtener beneficios con los que adquirir má-

quinas tendentes a reducir la mano de obra necesaria, lo cual conduce a la creación de desempleo y pobreza. Así pues, los pobres son pobres no por haber desbordado los recursos alimenticios sino únicamente porque los capitalistas les despojaron primero de parte de sus salarios y después hasta de su mismo trabajo, sustituyéndoles por máquinas. De este modo las consecuencias del crecimiento demográfico examinadas por Malthus eran sólo, en realidad, las consecuencias de la sociedad capitalista, no del crecimiento poblacional en sí. Si la sociedad fuera reorganizada de forma más equitativa (es decir, de forma *socialista*), entonces los problemas demográficos desaparecerían.

En su formulación original, tanto la perspectiva malthusiana como la marxista eran algo provincianas, en el sentido de que su principal objeto de atención era la Inglaterra decimonónica. A medida, sin embargo, que ambos enfoques recibieron atención en otros lugares y en otras épocas, se produjeron revisiones de los mismos. Tales reformulaciones reflejan el estado actual del debate entre Malthus y Marx.

Malthus revisado

Las revisiones del pensamiento de Malthus son etiquetadas generalmente como *neo-malthusianas*. Son neo-malthusianos quienes aceptan como correcta la descripción de las consecuencias del crecimiento demográfico realizada por Malthus, pero disienten de él respecto de lo que debe hacerse para evitar nacimientos. Concretamente, los neo-malthusianos están a favor de la anti-concepción más que del simple recurso a la contención moral. A lo largo de toda su vida Malthus defendió constantemente la continencia moral contra quienes se mostraban críticos a este respecto (muchos de ellos, amigos suyos) y le animaban a adoptar una actitud más abierta respecto de otros medios de controlar la natalidad. Nunca cedió a tales presiones, pero la polémica abierta en torno a esta cuestión contribuyó en la práctica a difundir el conocimiento del control de la natalidad en la Inglaterra decimonónica. De hecho fue el juicio celebrado en 1877-79 contra un neo-malthusiano llamado Charles Bradlaugh por haber publicado un manual de control de la natalidad lo que permitió a un público inglés más amplio enterarse de tales técnicas (Himes, 1970).

Probablemente, el neo-malthusiano contemporáneo más conocido es Paul Ehrlich, cuyo libro *The Population Bomb* (La bomba poblacional), publicado en 1968, contribuyó a alertar la conciencia pública sobre los posibles efectos del crecimiento demográfico reciente. Ehrlich, por supuesto, aboga por el uso de prácticamente todos los medios de control de la natalidad disponibles para frenar el crecimiento demográfico, pues, de no hacerse nada, vaticina la aparición, con carácter catastrófico, del hambre, la guerra u otra calamidad.

El propio Malthus estaba menos preocupado que los neo-malthusianos contemporáneos por un colapso económico o político mundial porque en su tiempo esa posibilidad no parecía tan inminente. De hecho, cuando publicó su primer ensayo, Malthus ni siquiera sabía si la población de Inglaterra estaba creciendo. A finales del siglo XVIII, Inglaterra había comenzado a industrializarse pero no había realizado aún un censo. En realidad uno de los pasatiempos favoritos de los economistas de la época era discutir si la población inglesa estaba creciendo o decreciendo (obviamente, la situación no estaba tan clara como hoy). En 1801 fue realizado un censo experimental que proporcionó un recuento de la población, pero hasta que el experimento no fue repetido en 1811 (y a partir de entonces, cada diez años) no fue posible calcular la tasa de crecimiento. Así pues, sólo trece años después de la pu-

blicación original de su ensayo pudo Malthus concluir con certeza que la población inglesa estaba efectivamente creciendo.

Los neo-malthusianos difieren así de Malthus no sólo en que rechazan la contención moral como único medio aceptable de controlar la natalidad sino también en que perciben que el resultado del crecimiento demográfico no es sólo la pobreza, sino además un desastre generalizado. Para los neo-malthusianos el «mal derivado de la redundancia de población» (Malthus, 1872: prólogo a la quinta edición) ha ampliado su alcance; en consecuencia, los remedios propuestos son más dramáticos.

Marx revisado

No todos los que han adoptado una concepción marxista del mundo comparten totalmente la perspectiva demográfica elaborada originalmente por Marx y Engels. Los países marxistas han tenido dificultades, en este terreno, dada la ausencia de directrices políticas implícita en la idea marxista de que distintos estados de desarrollo social producen diferentes relaciones entre crecimiento demográfico y desarrollo económico. En realidad, gran parte del llamado pensamiento demográfico marxista es atribuible a Lenin, uno de los más prolíficos intérpretes del pensamiento marxista. Para Marx el principio malthusiano operaba únicamente bajo el capitalismo: en un sistema socialista puro no habría problema demográfico. Desgraciadamente, no ofreció directrices para el período de transición. Todo lo más, Marx pareció implicar que la ley demográfica socialista sería la antítesis de la capitalista. En consecuencia ha sido difícil para los demógrafos soviéticos conciliar con la teoría el hecho de que las pautas demográficas de la Unión Soviética han sido llamativamente similares a las de otros países desarrollados. El socialismo soviético ha sido, además, incapaz de mitigar uno de los peores males atribuidos por Marx al capitalismo: la existencia de tasas más altas de mortalidad entre las clases trabajadoras que entre las clases altas (Brackett, 1967).

Pese a la escasa guía aportada por Marx y Engels, su idea de que el crecimiento demográfico no constituye un problema ha sido sostenida a menudo en la ideología oficial. Las palabras siguientes, pronunciadas por un representante soviético procedente de la República de Ucrania en una reunión celebrada en Ginebra en 1949, constituyen un típico ejemplo (es decir, típico hasta hace poco) de pronunciamiento oficial sobre este tema: «Cualquier sugerencia, en esta comisión, de fomentar la limitación del número de matrimonios o del número de hijos en el matrimonio, me parecería propia de bárbaros. Un sistema social adecuado debe ser capaz de dar cabida a cualquier aumento de su población» (Sauvy, 1969:525).

Sin embargo, desde la década de 1960 la actitud marxista se ha hecho menos rígida. Por ejemplo, en 1962 la propuesta realizada por el gobierno sueco a las Naciones Unidas de proporcionar asistencia anti-conceptiva a los países subdesarrollados fue recibida en silencio por la Unión Soviética, en vez de con la habitual indignación (Sauvy, 1969). En China, la realidad empírica de tener que regir a la población nacional más grande del mundo ha conducido a desviaciones respecto de la ideología marxista. Ya en fecha tan temprana como 1953 el gobierno chino realizó esfuerzos por controlar la población suavizando las disposiciones relativas a la anti-concepción y al aborto (Tien, 1973). La buena cosecha de 1958 detuvo temporalmente esta tendencia, pero numerosos informes recientes (véase Capítulo 15) indican que, pese a que Marx negara la existencia del problema demográfico, el régimen marxista chino se está enfrentando con uno.

Esto no debe sin embargo hacer pensar que los teóricos marxistas han reelaborado por completo su filosofía. En Pakistán, por ejemplo, donde el gobierno (no marxista) ha reconocido oficialmente la necesidad de frenar el crecimiento demográfico, se han producido críticas de sectores marxistas que siguen argumentando que la creciente pobreza de dicho país sólo puede ser aliviada mediante una redistribución de

¿Quiénes son los neo-malthusianos?

«Imaginemos una isla tropical llena de árboles del pan cargados de fruto, dorándose al sol. Es una isla pequeña pero como sólo la habitamos 400 personas, hay más frutos de los que podemos desear. Somos ricos. Imaginemos ahora que los habitantes de la isla fuésemos 4.000 y que los frutos del árbol del pan fuesen nuestro alimento; para empezar, éstos serían más escasos; en segundo lugar, habría que construir escaleras para poder alcanzar la mayor parte de ellos; y en tercer lugar, la isla estaría cada vez más sucia con cáscaras de fruta. Supongamos que las cosas empeorasen y que la población de la isla aumentase hasta alcanzar los 40.000 habitantes: ¡bienvenidos a un paraíso tropical pobre y sucio!» (Tobias, 1979:49). Esta descripción, que hubiese merecido probablemente el asentimiento del mismo Malthus, resulta típica de la forma en que los neo-malthusianos modernos perciben el mundo.

Garrett Hardin, biólogo de la Universidad de California en Santa Bárbara, es uno de los más influyentes neo-malthusianos actuales. En 1968 publicó un artículo que contribuyó a hacer más conscientes acerca del crecimiento demográfico a los científicos profesionales. El argumento de Hardin era sencillo y había sido formulado ya con anterioridad por Kingsley Davis (1963): los fines personales no coinciden necesariamente con los sociales en el terreno del crecimiento demográfico. Hardin recurre a la metáfora «de la tragedia de las tierras comunales». Imaginemos un terreno abierto, utilizado como tierra comunal para que pasten los rebaños. «Como ser racional —señala Hardin—, cada pastor trata de maximizar sus beneficios. Explícita o implícitamente, de forma más o menos consciente, se pregunta: "¿cuál es la ventaja *para mí* de añadir un animal más a mi rebaño?"» (Hardin, 1968:1244). La ven-

taja depende, por supuesto, de la ganancia neta que la venta futura de cada animal adicional pueda reportar; la desventaja consiste en la probabilidad de que un animal adicional pueda contribuir a empobrecer los pastos comunales. Dado que éstos son compartidos por muchas personas ese posible coste queda muy repartido; en consecuencia para el pastor individual el beneficio de un nuevo animal excede su coste. «Pero, señala Hardin, ésta es la conclusión a la que llegan racionalmente todos y cada uno de los pastores que utilizan la tierra comunal. Y de ahí surge la tragedia: cada individuo está atrapado en un sistema que le impulsa a incrementar su rebaño sin límite, en un mundo que es limitado» (1968:1244). La moraleja, para Hardin, es que «la ruina es el destino hacia el que se precipitan todos los seres humanos, cada uno de los cuales persigue su mejor interés en el seno de una sociedad que cree en el uso libre de los bienes comunes. La libertad en el uso de lo que es común supone la ruina para todos» (1968:1244).

Hardin nos recuerda que la mayoría de las sociedades se encuentran empeñadas en conseguir el ideal del bienestar social. Las familias no están dejadas, por completo, a su propia suerte. Son muchas las cosas que compartimos en común: educación, sanidad pública, protección policial y, en Estados Unidos, incluso un mínimo de alimentos y de ingresos a costa de la colectividad. Esto conduce al dilema moral que constituye el núcleo del mensaje de Hardin: «Acoplar el concepto de libertad de reproducción con la creencia de que toda persona que nace tiene un igual derecho sobre los bienes comunes supone encerrar al mundo en una dinámica trágica» (Hardin, 1968:1246). A lo que Hardin por supuesto se refiere es al enfrentamiento final entre población y recursos apuntado por Malthus. Hardin, en efecto, no se muestra

la riqueza (Ahmad, 1977). Pero se ha producido un cambio sutil: ya no se afirma que el mantenimiento del crecimiento demográfico no origina consecuencias desastrosas. En vez de eso, muchos marxistas indican ahora que sólo tras una revolución socialista y tras la reorganización de la sociedad la gente se sentirá motivada a disminuir la tasa de natalidad. «Si (...) los gobiernos de los países en vías de desarrollo

más optimista que Malthus respecto de la probabilidad de que la gente limite voluntariamente su fecundidad antes de que sea demasiado tarde.

Entretanto la opinión pública estaba adquiriendo una conciencia más aguda de la crisis demográfica gracias a los escritos de otro neo-malthusiano, Paul Ehrlich, quien como Hardin es biólogo (en la Universidad de Stanford) y no demógrafo profesional. En la segunda edición de su libro *The Population Bomb* (1971), Ehrlich resumió la situación en los encabezamientos de las tres partes del mismo: «demasiada gente», «demasiado pocos alimentos» y, añadiendo un resultado no previsto directamente por Malthus, degradación del medio ambiente (designado por Ehrlich como «un planeta moribundo»). Para Ehrlich, como consecuencia de la existencia de un número excesivo de personas, «los países subdesarrollados se enfrentan a una inevitable crisis alimenticia. Cada año, en esos países, la producción de alimentos se rezaga un poco más respecto del continuo crecimiento de la población, y la gente se acuesta con algo más de hambre» (1971:3). Al mismo tiempo, los países desarrollados muestran síntomas de estar sobrepoblados «en forma de deterioro ambiental y de creciente dificultad para la obtención de los recursos necesarios para mantener su nivel de riqueza» (1971:3). El punto de vista de Ehrlich respecto de la escasez de alimentos queda resumido sucintamente en la afirmación de que «al menos la mitad de los actuales habitantes del mundo están subalimentados (es decir, tienen demasiado poca comida) o malnutridos (es decir, tienen serios desequilibrios en su dieta)» (1971:8). «No hay suficientes alimentos en la actualidad. Cuántos pueda haber mañana es algo abierto a la discusión» (1971:24).

Así pues, para Ehrlich, Malthus tenía razón, toda la razón. Pero la lucha contra la

muerte es más complicada de lo anticipado por Malthus. En efecto, y como señala Ehrlich, mientras que los pobres mueren de hambre, ricos y pobres juntos mueren como consecuencia de los efectos secundarios de la riqueza (contaminación y desastre ecológico). En realidad, esto forma parte del problema de los bienes comunes: unos pocos se benefician, todos sufren. ¿Y qué es lo que ofrece el futuro? Para Ehrlich el problema demográfico sólo tiene dos soluciones: la referida a la tasa de natalidad (consistente en una disminución de la misma) y la referida a la tasa de mortalidad (consistente en su elevación). Esta segunda es, para él, la más probable ya que, como Malthus, tiene una fe escasa en la capacidad del género humano para actuar de forma coherente. La única forma de evitar que así ocurra efectivamente consiste en controlar la tasa de natalidad, incluso por la fuerza, de ser preciso.

Con independencia de su solidez teórica y de su rigor intelectual, lo cierto es que Ehrlich logró lanzar su mensaje: la población del mundo está creciendo rápidamente y alguien tiene que hacer algo al respecto. Parte importante de su contribución fue animar a la gente a actuar por su cuenta: difundiendo el mensaje y practicando lo predicado. Para Ehrlich, como para Hardin, el crecimiento poblacional está desbordando los recursos y destrozando el medio ambiente. Si nos limitamos a esperar sentados que la gente reaccione ante esta situación, lo más probable es que se produzca el desastre. Por tanto, tenemos que actuar urgentemente para lograr, por todos los medios posibles, que la gente limite su fecundidad.

El mensaje de Ehrlich y Hardin quizá fuera tenebroso; pero su importancia y fuerza sirvió para atraer la atención de toda una generación, en los países desarrollados, sobre las cuestiones demográficas.

proceden a socializar el trabajo y los medios de producción de manera que todos se beneficien por igual, conseguirán una menor tasa de crecimiento [demográfico] (...). Cuando todos disfruten las ventajas del avance tecnológico la gente reducirá el tamaño de su familia» (Ahmad, 1977:27). En formulaciones como ésta el marxismo es revisado a la luz de la nueva evidencia científica acerca del comportamiento humano, de forma similar a como el pensamiento malthusiano ha sido revisado.

El debate sobre el crecimiento demográfico, iniciado por Malthus y alimentado por Marx, dio lugar a una serie de reformulaciones a lo largo de este siglo y del siglo anterior que constituyen el antecedente directo de las actuales teorías demográficas. En la próxima sección consideraremos brevemente la obra de tres personas que tuvieron un papel prominente en dichas reformulaciones: John Stuart Mill, Ludwig Brentano y Emile Durkheim.

Otras teorías clásicas de la población

Mill

John Stuart Mill fue un filósofo y economista inglés del siglo XIX enormemente influyente. Mill no se mostró tan agresivo con Malthus como Marx y Engels: su penetración científica era superior a la de Malthus y, por otro lado, sus ideas políticas eran menos radicales que las de Marx y Engels. Si bien Mill aceptaba los cálculos malthusianos sobre la *capacidad potencial* del crecimiento demográfico para sobrepasar la producción de alimentos como algo axiomático, correcto por definición, se mostraba en cambio más optimista que Malthus respecto de la naturaleza humana. Mill pensaba que, aunque el carácter de una persona es formado por las circunstancias, la voluntad del individuo puede influir mucho en la modelación de las circunstancias y en la modificación de futuros hábitos (Mill, 1924).

La tesis básica de Mill era que el nivel de vida constituye el principal factor determinante del nivel de fecundidad. «A medida que el género humano se aleja de la condición animal, la población es limitada por el temor a la necesidad más que por la necesidad misma. Incluso allí donde no hay peligro de hambre muchos actúan de esa manera por temor a perder lo que han llegado a considerar su nivel decoroso de vida» (1848: libro I, Capítulo 10). La creencia de que la gente puede y debe ser libre de perseguir sus propias metas vitales le llevó a rechazar la idea de que la pobreza es inevitable (como Malthus sugería) o de que es creación de la sociedad capitalista (como alegaba Marx).

Uno de los comentarios más famosos de Mill, en efecto, es que «la cicatería de la naturaleza, y no la injusticia de la sociedad, es la causa de las penalidades asociadas a la sobrepoblación» (1848: libro I, Capítulo 13). En el supuesto de que la población llegase alguna vez a superar las disponibilidades alimenticias Mill consideraba, no obstante, que podía llegarse a una situación temporal mediante, al menos, dos posibles soluciones: importar alimentos o exportar personas.

Para Mill el estado ideal es aquél en el que todos los miembros de una sociedad están en una situación económica confortable. Alcanzado ese punto pensaba (al igual que Platón varios siglos antes) que la población debía estabilizarse y que los individuos debían tratar de progresar cultural, moral y socialmente, en vez de intentar continuamente mejorar económicamente. La idea parece buena, pero ¿cómo se llega a ese punto? Mill creía que antes de alcanzar el punto en que tanto la población

como la producción se hacen estables se produce, esencialmente, una carrera entre ambas. Para pararla es precisa una dramática mejora en las condiciones de vida de los pobres. Para que el desarrollo económico y social se produzca es necesario un súbito aumento del nivel de renta que permita un nuevo nivel de vida a toda una generación, permitiendo así que la productividad rebase el crecimiento de la población. Según Mill ésta fue la situación en Francia tras la revolución. «Durante la generación que la Revolución elevó de una miseria extrema y sin esperanza a una súbita abundancia se produjo un gran aumento de la población. Pero la nueva generación, nacida en circunstancias mejores, no ha aprendido a ser miserable; el sentido de la prudencia le lleva, claramente, a mantener el incremento demográfico dentro de los niveles de aumento de la riqueza nacional» (1848: libro II, Capítulo 7).

Mill estaba convencido, además, de que un importante ingrediente en el paso de una población a una situación de no crecimiento es que las mujeres no desean tantos hijos como los hombres: así, si se permite a aquéllas manifestar su opinión al respecto, se producirá un descenso en la tasa de natalidad. Mill, como Marx, era un ardiente defensor de la igualdad de derechos para ambos sexos. Uno de sus ensayos más notables, «On liberty» (Sobre la libertad), fue escrito conjuntamente por él y por su mujer. Por otro lado, Mill pensaba que la creación de un sistema de educación nacional para los niños pobres les proporcionaría el «sentido común» (según sus propias palabras) de evitar tener demasiados hijos.

En conjunto, las ideas de Mill sobre el crecimiento demográfico fueron lo suficientemente destacadas como para sobrevivir aún, hoy día, en los escritos de Kingsley Davis, Richard Easterlin y Harvey Leibenstein, entre otros demógrafos contemporáneos cuyos nombres aparecen en las páginas que siguen. Sin embargo, antes de pasar a estos pensadores contemporáneos, es importante considerar a otros dos autores cuyo pensamiento, aunque viejo ya de muchas décadas, tiene resonancias sorprendentemente modernas: Brentano y Durkheim.

Brentano

Ludwig Brentano era un economista alemán que, al igual que Marx, se trasladó a Inglaterra para desarrollar allí su carrera intelectual. Brentano se mostraba muy crítico con Malthus porque, en línea similar a la de Mill, pensaba que no se puede esperar que los pobres reduzcan su fecundidad sin tener alguna motivación para hacerlo. Para Brentano la prosperidad es la causa del descenso de la tasa de natalidad: «a medida que aumenta la prosperidad aumentan también los placeres que compiten con el matrimonio; al mismo tiempo, la actitud respecto de los niños adquiere un nuevo carácter de refinamiento; ambos factores tienden a disminuir el deseo de concebir y de dar a luz» (1910:384). En el caso de la mujer, esta motivación se concreta en el deseo de no pasar toda la vida embarazada y en el hecho de que la crianza de los hijos puede suponer la interrupción de una carrera o de otra ocupación placentera. En el caso del hombre, la motivación tiene fundamentalmente un carácter económico: el tener que dedicar una parte mayor de sus recursos a los hijos puede suponer una limitación en la obtención de otras satisfacciones. La limitación del número de hijos permite, además, maximizar el bienestar de cada niño. El pensamiento de Brentano se anticipa así a las teorías de las oportunidades alternativas que dominan el pensamiento demográfico contemporáneo, como veremos más adelante.

Durkheim

Mill y Brentano, ya lo hemos visto, centraron su atención en las causas del crecimiento de la población. Por su parte Émile Durkheim, sociólogo francés de finales del siglo XIX, hizo de las consecuencias del crecimiento poblacional el fundamento de toda una teoría social. Al analizar la creciente complejidad de las sociedades modernas, cuya característica fundamental es la división creciente del trabajo, Durkheim señaló que «la división del trabajo varía en relación directa con el volumen y densidad de las sociedades y si, en el curso del desarrollo social, progresa de forma continuada es porque las sociedades se hacen de forma regular más densas y más voluminosas» (1933:262). Para Durkheim el crecimiento demográfico conduce a una mayor especialización social porque la lucha por la existencia se agudiza cuando aumenta el número de individuos.

Si se compara una sociedad primitiva con una sociedad industrializada, la primera presenta un nivel muy bajo de especialización. En cambio, en las sociedades industrializadas el grado de diferenciación es elevado, es decir, la lista de ocupaciones y de clases sociales es cada vez más larga. ¿Por qué? La respuesta se encuentra en el volumen y la densidad de la población. El crecimiento poblacional origina una competición por los recursos de que dispone la sociedad, y con el fin de mejorar sus posibilidades en esa lucha, cada individuo se especializa en una actividad. Esta tesis durkheimiana de que el crecimiento demográfico conduce a la especialización supone una derivación (reconocida por el propio Durkheim) de la teoría de la evolución darwiniana. Darwin, a su vez, reconocía su deuda con la obra de Malthus.

El impulso teórico crítico del siglo XIX y de comienzos del XX preparó el terreno para la recogida, de forma más sistemática, de datos que permitiesen la comprobación de dichas teorías y para la decisión, sobre bases más sólidas, de cuáles mantener y cuáles descartar. A medida que los estudios demográficos se fueron haciendo más cuantitativos fue haciéndose más visible un fenómeno denominado *transición demográfica* que atrajo la atención de los demógrafos.

La teoría de la transición demográfica

La teoría de la *transición demográfica*, que ha dominado el pensamiento demográfico de estos años, empezó en realidad siendo únicamente una descripción de los cambios demográficos acaecidos a lo largo del tiempo en los países desarrollados. Concretamente, describía la transición desde una situación de alta natalidad y alta mortalidad a otra caracterizada por bajas tasas de natalidad y mortalidad. El primero en desarrollar la idea fue Warren Thompson quien en 1929, con datos referidos a «ciertos países» para el período 1908-27, mostró que los países podían ser agrupados en tres grandes categorías según la pauta de crecimiento de su población:

Países del grupo A (Europa nórdica y occidental y Estados Unidos): desde finales del siglo XIX hasta 1927 han pasado de tener tasas de incremento natural muy elevadas a tenerlas muy bajas, «y en breve se harán estacionarios y empezarán a decrecer» (Thompson, 1929:968). Grupo B (Italia, España y los pueblos «eslavos» de Europa central): Thompson encontró pruebas de un descenso tanto en la tasa de natalidad como en la de mortalidad, pero indicó que «parece probable que la tasa de mortalidad siga descendiendo aún durante algún tiempo tan rápidamente, o más rápidamente incluso, que la tasa de natalidad. La situación en estos países del grupo B es básicamente igual a la de los países del grupo A hace treinta o cincuenta años» (Thompson, 1929:968-969).

Grupo C (resto del mundo): En el resto del mundo Thompson halló escasas pruebas de la existencia de control sobre los nacimientos o las defunciones.

Thompson consideraba que estos países del grupo C (que comprendían entre el 70 y el 75 por 100 de la población mundial de la época), como consecuencia de esa falta de control voluntario sobre nacimientos y defunciones, seguirían teniendo un crecimiento «determinado en gran medida por sus oportunidades de aumentar los medios de subsistencia». Malthus describía muy acertadamente sus procesos de crecimiento al escribir «que la población, invariablemente, crece cuando existen medios de subsistencia» (Thompson, 1929:971).

La obra de Thompson fue publicada, sin embargo, en un momento en que la preocupación por la sobrepoblación era relativamente escasa. De hecho en 1936 las tasas de natalidad en Estados Unidos y Europa eran tan bajas que Enid Charles publicó un libro de gran difusión titulado *The Twilight of Parenthood* (El crepúsculo de la paternidad) cuyas palabras introductorias eran las siguientes: «Lejos de la amenaza malthusiana de la sobrepoblación existe hoy en cambio el peligro real de la infra-población» (Charles, 1936:v). Por otro lado, las etiquetas que Thompson utilizó para sus categorías no eran excesivamente sugerentes (resulta, en efecto, difícil construir una teoría en torno a categorías denominadas simplemente A, B y C).

Dieciséis años más tarde, en 1945, Frank Notenstein retomó el hilo de las tesis de Thompson y proporcionó nombres a los tres tipos de pautas de crecimiento que éste se había limitado a designar como A, B y C. Denominó *descenso incipiente* a la pauta del grupo A, *crecimiento transicional* a la del grupo B y *elevada capacidad de crecimiento* a la del grupo C. Nació así el término *transición demográfica* para designar al periodo de rápido crecimiento que se produce cuando un país pasa de tener tasas de natalidad y mortalidad altas a tenerlas bajas; es decir, cuando pasa de una situación de alta capacidad de crecimiento a otra de descenso incipiente (véase el Gráfico 2.1.). En ese momento, a mediados de la década de 1940, la transición demográfica era simplemente una descripción del cambio demográfico, no una teoría. Pero como cada nuevo país estudiado venía a encajar en dicha descripción terminó por parecer que se había dado con una ley nueva, universal, del crecimiento demográfico que constituía un esquema evolucionista.

Entre mediados de la década de 1940 y finales de la de 1960 el acelerado crecimiento demográfico pasó a ser en todo el mundo un tema de preocupación y los demógrafos dedicaron una gran atención a la transición demográfica como perspectiva teórica. A la altura de 1964, George Stolnitz podía ya concluir que «la transición demográfica constituye una de las pautas más generalizadas y mejor documentadas de los tiempos modernos... con una base que comprende cientos de investigaciones referidas a una multitud de lugares, períodos y acontecimientos específicos» (1964:20). La aparente originalidad histórica de la transición demográfica (todos los casos conocidos se han producido en los últimos 200 años) ha producido una gran abundancia de nombres alternativos para designarla, como revolución vital o revolución demográfica, por citar los más importantes. El término *explosión demográfica*, por ejemplo, alude a lo que Notestein denominó *crecimiento transicional*.

A medida que la pauta del cambio demográfico fue tomando forma, aparecieron explicaciones referidas al por qué y cómo del paso de los distintos países por dicha transición. Tales explicaciones tendían a constituir aglutinaciones de elementos dispersos procedentes de las obras de los pensadores del pasado siglo y de comienzos de éste estudiados en páginas anteriores de este capítulo.

Así la transición demográfica pasó de ser una simple descripción de los aconte-

cimientos a convertirse en una perspectiva demográfica cuyo presupuesto último quizá pueda formularse como «ocúpate de la gente y la población se ocupará de sí misma» o como «el desarrollo es el mejor anticonceptivo» (Teitelbaum, 1975). Esta perspectiva se basa en la experiencia de la mayoría de los países que han experimentado la transición: las tasas de mortalidad disminuyeron a medida que mejoraba el nivel de vida y las tasas de natalidad casi siempre decrecieron unas pocas décadas más tarde, para finalmente alcanzar niveles muy bajos, aunque rara vez tan bajos como los de las tasas de mortalidad. Según esta teoría el desfase entre el descenso de la tasa de natalidad y el de la de mortalidad se debe a que la población tarda un tiempo en adaptarse al hecho de que la mortalidad es realmente más baja y a que las instituciones sociales y económicas que fomentaban una fecundidad elevada tardan asimismo en acomodarse a normas nuevas favorecedoras de una fecundidad baja en consonancia con los nuevos niveles de la mortalidad. Dado que para la mayoría de la gente la prolongación de la vida constituye un valor no es difícil reducir la mortalidad; la reducción de la fecundidad, en cambio, va en contra de las normas establecidas en las sociedades que precisaban de altas tasas de natalidad para contrapesar la incidencia de altas tasas de mortalidad: dichas normas no resultan fáciles de cambiar, ni siquiera ante la inminencia de la pobreza.

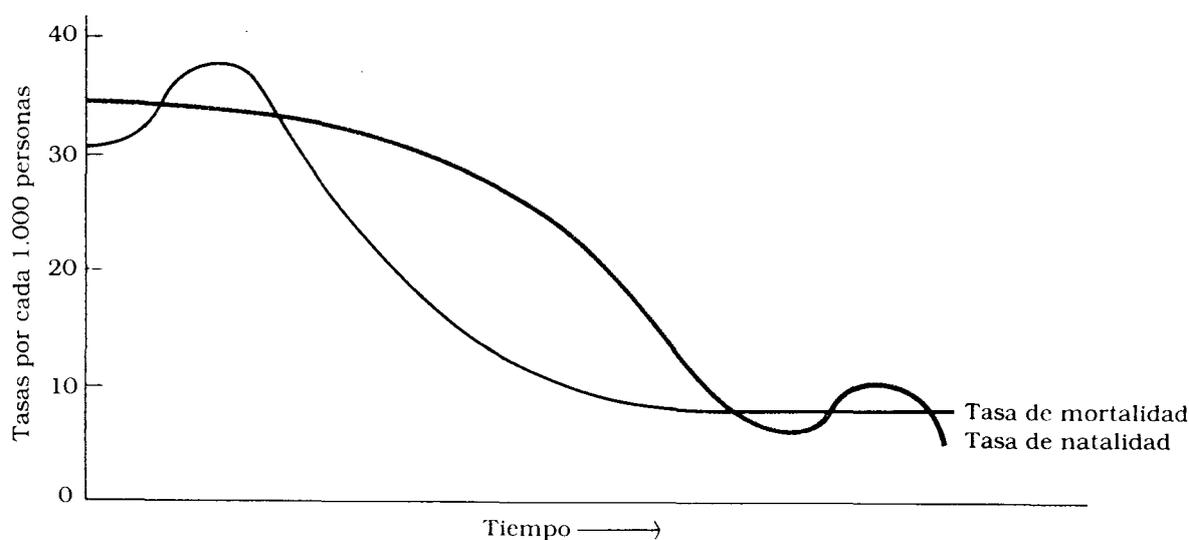


GRÁFICO 2.1. *La transición demográfica: La transición demográfica se divide aproximadamente en tres etapas. En la primera etapa existe una alta capacidad potencial de crecimiento, ya que tanto la tasa de natalidad como la de mortalidad son altas. La segunda etapa corresponde a la transición desde tasas altas de natalidad y mortalidad a tasas bajas. Durante esta etapa la capacidad potencial de crecimiento pasa a realizarse efectivamente al descender la mortalidad antes que la natalidad, dando así lugar a un rápido crecimiento demográfico. Por último, la etapa final corresponde a una situación en que la tasa de mortalidad ha alcanzado el nivel más bajo que pueda probablemente alcanzar, mientras que la fecundidad puede continuar decreciendo, hasta el punto incluso de dar lugar, con el tiempo, a un decrecimiento del tamaño de la población. En los países desarrollados el proceso completo de transición tuvo lugar, sustancialmente, tal y como ha sido aquí esquematizado. Sin embargo, los países menos desarrollados no han experimentado aún esta pauta completa de cambio.*

Finalmente, las tasas de natalidad terminan por decrecer a medida que, al debilitarse la importancia de la familia como consecuencia de la vida industrial y urbana, se debilita también la presión social en favor de la existencia de familias gran-

des. Se supone que lo que convertía a la familia numerosa en una meta deseable era que proporcionaba a los padres una reserva de mano de obra y una garantía de protección en la vejez. Según la teoría que estamos considerando ese mismo *desarrollo económico* que reduce la mortalidad transforma al mismo tiempo a la sociedad en una sociedad urbana e industrial en la que la escolarización obligatoria reduce el valor de los niños al sustraerlos a la mano de obra y en la que el descenso de la *mortalidad infantil* implica que ya no es preciso que nazcan tantos niños para conseguir un determinado número de hijos vivos. Por último, y como consecuencia de las múltiples variaciones de las *instituciones sociales*, «la presión en favor de una fecundidad alta se debilita y la idea del control consciente de la fecundidad va ganando fuerza progresivamente» (Teitelbaum, 1975:421).

Para los marxistas el atractivo de la transición demográfica es doble: (1) la idea de distintas tasas de crecimiento durante distintas etapas del desarrollo es compatible con la idea de una transición desde una sociedad no socialista a otra socialista; y (2) la teoría de la transición demográfica enfatiza el papel del desarrollo como precursor de la baja fecundidad (lo que resulta coherente con la postura marxista), contradiciendo así el punto de vista neo-malthusiano según el cual el desarrollo sólo puede producirse una vez que el crecimiento demográfico ha sido controlado. Sin embargo, autores soviéticos recientes se han distanciado de la teoría de la transición demográfica porque la consideran demasiado simple y fácilmente adaptable a una interpretación malthusiana. A. P. Sudoplatov, demógrafo del Centro de Estudios Demográficos de la Universidad de Moscú, sintetizó la reacción soviética contra la teoría de la transición demográfica en estas palabras: «a primera vista esta forma de plantear el problema parece proporcionar una base para replantear las ideas tradicionales malthusianas de la sobrepoblación» (Sudoplatov, 1978:407). Ahora bien, prosigue Sudoplatov, una consideración más detenida de la transición demográfica permite comprobar que presupone un mismo conjunto de condiciones poblacionales para todos los países a medida que avanzan en el tiempo. Esto le lleva a concluir que «los que aceptan la teoría de la "evolución demográfica" coinciden, lo quieran o no, con el neo-malthusianismo en lo que respecta al papel y al lugar de la población en el desarrollo social» (1978:407). Dado que el enfoque marxista huye de cualquier ley universal de la población, la teoría de la transición demográfica resulta más cercana al pensamiento neo-malthusiano que a la revisión de la perspectiva marxista.

La teoría de la transición demográfica en síntesis

La teoría de la transición demográfica percibe la alta fecundidad como una reacción ante la alta mortalidad. Al declinar la mortalidad disminuye la necesidad de una alta fecundidad y en consecuencia disminuyen las tasas de natalidad. En ese período de transición se produce un intenso crecimiento, cuyas consecuencias no serán con toda probabilidad graves siempre que el descenso de la mortalidad se deba a un aumento del nivel de vida que, a su vez, genere la motivación de tener familias más reducidas. Ahora bien, ¿cuáles serán las consecuencias si la mortalidad desciende pero la fecundidad no? Por principio, esta situación tiende a quedar descartada en la teoría de la transición demográfica; pero comoquiera que constituye una cuestión crucial para el desarrollo de una perspectiva realista sobre los problemas demográficos del mundo, merece la pena dedicar alguna atención a los problemas que presenta la teoría de la transición demográfica.

Crítica de la teoría de la transición demográfica

En líneas generales, la teoría de la transición demográfica constituye una descripción razonable del curso de los acontecimientos demográficos en la mayoría de los países industriales actuales. Existen, sin embargo, algunas importantes excepciones, como por ejemplo el caso de Francia, donde la fecundidad descendió antes de que lo hiciera la mortalidad. Pero de mayor importancia resulta el hecho de que la teoría de la transición demográfica no es capaz de predecir los niveles de mortalidad o de fecundidad ni el ritmo del descenso de la fecundidad. Esto se debe a que la explicación de la conducta demográfica durante la transición tiende a ser etnocéntrica basándose de forma casi exclusiva en la idea de que lo que vale para un caso, vale para los demás. En otras palabras, si esto es lo que ocurrió en los países desarrollados, ¿por qué no habría de ocurrir también así en los países que no están tan avanzados? Una razón podría ser que las precondiciones para la transición demográfica son considerablemente diferentes ahora de lo que eran cuando los países industrializados comenzaron su transición.

Por ejemplo, con anterioridad a la transición demográfica, pocos de los actuales países industrializados tenían tasas de natalidad tan altas como las de la mayoría de los países actualmente subdesarrollados, ni por supuesto niveles de mortalidad tan altos. Y cuando la mortalidad comenzó a descender lo hizo como resultado de un proceso interno de desarrollo económico, y no, como ocurre en la actualidad, como consecuencia de que un país extranjero suministre técnicas refinadas para la prevención de enfermedades.

Dado que no existe una pauta común en el ritmo del descenso en cada país de la fecundidad, resulta razonable suponer que los factores socioculturales intervinientes en cada caso son hasta cierto punto diferentes. En general, es cierto que ha de producirse una limitación consciente de la fecundidad, pero ¿qué grado de cambio debe haber tenido lugar antes de que esto ocurra? Resulta etnocéntrico creer que la gente, en todas partes, piensa y reacciona ante el mundo social de la misma manera en que lo hacemos nosotros. Sin embargo, esto es lo que parece implicar la mayoría de los defensores de la teoría de la transición demográfica.

La teoría del cambio y respuesta demográficos constituye un intento de ir más allá de la explicación usual ofrecida por la teoría de la transición demográfica.

La teoría del cambio y respuesta demográficos

Esta teoría fue formulada en 1963 por Kingsley Davis, más como una prolongación que como una alternativa a la teoría de la transición demográfica. Davis, que parte del supuesto de que para poder hacer algo respecto de las consecuencias es necesario conocer antes las causas, centra su atención en las causas del crecimiento demográfico. El problema básico que Davis trata de resolver constituye la cuestión central de la teoría de la transición demográfica: por qué (y bajo qué condiciones) un descenso en la mortalidad puede llevar a un descenso de la fecundidad.

Para resolver esta pregunta, Davis se plantea qué es lo que ocurre a los individuos cuando la mortalidad disminuye. La respuesta es que es mayor el número de niños que logran llegar a adultos, generando así una presión mayor sobre los recursos familiares; los individuos tienen así que reorganizar sus vidas para intentar aliviar esa presión; es decir, la gente reacciona ante el cambio demográfico. Debe notarse que dicha reacción se produce en términos de objetivos personales, no de ob-

jetivos nacionales: lo que los gobiernos puedan desear al respecto rara vez cuenta. Si los miembros individuales de una sociedad no ganan nada actuando de determinada manera, dejarán de actuar así. De hecho éste era uno de los principales argumentos de los neo-malthusianos contra la contención moral. ¿Por qué abogar por la posposición del matrimonio y de las relaciones sexuales y no por la anticoncepción cuando se sabe que pocos de los que pospongan el matrimonio pospondrán también las relaciones sexuales? Con razón señalaba Brentano (1910) que era una locura pensar, como hacía Malthus, que la continencia era el remedio para los pobres.

En cualquier caso, el razonamiento de Davis es que la respuesta que los individuos dan a la presión demográfica creada por el aumento de la población viene determinada por los medios de que disponen. Una primera respuesta, de naturaleza no demográfica, consiste en tratar de aumentar los recursos trabajando más: durante más horas, en un segundo trabajo, etc. Si eso no resulta suficiente, entonces la emigración de algunos miembros de la familia (prototípicamente los hijos o hijas solteros) constituye la respuesta demográfica más fácil. Davis (1963) pudo probar que ésta era la reacción de los campesinos con demasiados hijos al mandarles a la ciudad a aprovechar las posibles oportunidades (es decir, recursos) encontrables allí. Esta opción es, por supuesto, similar a la indicada por Mill más de cien años antes de que Davis realizara su estudio.

Ahora bien, ¿cuál será la reacción de esa segunda generación, es decir, de esos hijos que ahora sobreviven y que antes no lo hubieran hecho dando así lugar a esa presión sobre los recursos? El argumento de Davis es que si (y este sí es con mayúsculas) existe de hecho una posibilidad de mejora social y económica, entonces la gente tratará de aprovecharla evitando tener familias tan grandes como las que causaron problemas a sus padres.

Davis apunta que el motivo más poderoso para limitar la familia no es el miedo a la pobreza o la evitación del dolor, como creía Malthus; más bien, lo que motiva a los individuos a encontrar los medios para limitar el número de sus hijos (véase el Capítulo 4 para una consideración más detallada de tales medios) es la perspectiva de una prosperidad creciente. Davis se hace aquí eco de las ideas de Brentano, si bien añadiendo que, como mínimo, el deseo de conservar el status relativo alcanzado en la sociedad puede llevar a un deseo de evitar una descendencia excesiva que acabe con los recursos disponibles. Esto presupone, por supuesto, que los individuos en cuestión hayan alcanzado ya un status que merezca la pena mantener.

Una de las principales contribuciones de Davis a nuestra perspectiva demográfica, como indica Cicourel (1974:8), es que «parece basarse en un modelo implícito en el que el actor efectúa interpretaciones cotidianas de los cambios percibidos en su entorno». Por ejemplo, la gente reacciona ante un cambio en la mortalidad sólo si lo percibe; y entonces su respuesta viene determinada por la situación social en que se encuentra. El análisis de Davis fue uno de los primeros en sugerir la importante vinculación existente entre la vida cotidiana de los individuos y el tipo de cambios demográficos que se producen en la sociedad.

Otro demógrafo contemporáneo que ha intentado este tipo de análisis es Richard Easterlin, cuyas ideas han recibido el nombre de *teoría del nivel relativo de ingresos*.

La teoría del nivel relativo de ingresos

La *teoría del nivel relativo de ingresos* (a veces llamada también «nueva economía familiar») se basa en la idea de que la tasa de natalidad responde no a los nive-

les absolutos de bienestar económico sino a los niveles relativos a que se está acostumbrado (Easterlin, 1968; 1978). Easterlin parte del supuesto de que el nivel de vida que el individuo experimenta al final de su infancia constituye la base desde la que evalúa sus posibilidades como adulto. Una persona que al llegar a adulta puede mejorar fácilmente sus ingresos, en comparación con el nivel de ingresos de su familia en la parte final de su infancia, tiene más probabilidades de casarse pronto y de tener varios hijos. Por otro lado, un individuo que perciba que como adulto le será difícil alcanzar el nivel de vida al que de niño se acostumbró, probablemente tenderá a aplazar su matrimonio, o al menos el tener hijos.

Hasta aquí la teoría de los ingresos relativos es llamativamente similar a lo escrito por Mill hace más de un siglo. Pero Easterlin va más allá, preguntándose por los factores que pueden hacer que una persona, al llegar a la edad adulta, se encuentre en una situación relativamente ventajosa o desventajosa. Para él la respuesta se encuentra en la relación existente entre las fluctuaciones de la economía y las respuestas demográficas a dichas fluctuaciones. En una sociedad libre de intervencionismos gubernamentales, una mejora a largo plazo (pongamos 15 años) de la economía fomentará la inmigración y podrá también hacer más fácil que la gente se case y tenga hijos. El *podrá* en este caso depende de otra variable demográfica que hasta ahora no había entrado en escena: la estructura de edad (es decir, el número y proporción de personas existente en cada edad en la sociedad). Si los jóvenes son relativamente escasos en la sociedad, y la economía va bien, existirá una demanda de los mismos relativamente alta. Podrán exigir salarios elevados y en consecuencia no les será problemático casarse y crear una familia. Por supuesto, la medida en que hacerlo pueda en realidad resultarles problemático dependerá de lo que dichos salarios les permitan adquirir en comparación con el nivel de vida a que están acostumbrados. Ahora bien, si la población juvenil es relativamente abundante, entonces la competición por las oportunidades de trabajo será dura; en consecuencia los jóvenes tendrán dificultades en mantener el nivel de vida a que están acostumbrados, y mucho más aún en poderse casar y crear una familia, incluso si la economía marcha bien.

Cabe preguntarse por qué puede ocurrir que exista una abundancia, o escasez, relativa de jóvenes en la estructura de edad. Aunque esto será estudiado con más detalle en el Capítulo 8, es suficiente señalar aquí que ello es debido fundamentalmente a las fluctuaciones de la tasa de natalidad, que derivan de cambios en la pauta de personas que se casan y tienen hijos. Así pues, Easterlin presenta un modelo de sociedad en la que el cambio demográfico y el cambio económico están estrechamente interrelacionados: los cambios económicos producen cambios demográficos que a su vez producen cambios económicos y así sucesivamente. Sin embargo, este modelo tiene un cierto sesgo de clase media: ¿qué ocurre, en efecto, con los individuos situados al final de la escala económica, para los que el esquema de la privación relativa no resulta aplicable al ser tan poco lo que de entrada tienen? ¿Están atrapados en un ciclo constante de sobrepoblación y pobreza? En 1848 Mill pensaba que ésa sería realmente su situación a no ser que una generación completa pudiera ser catapultada a la clase media.

En 1957 Harvey Leibenstein sistematizó una idea que denominó «del mínimo esfuerzo crítico». Leibenstein sostenía que si en una sociedad pudiera lograrse un aumento de capital suficientemente grande se producirían mejoras que, al elevar el nivel de vida, invitaría a mantener baja la fecundidad (razonamiento similar en grandes líneas al realizado por Mill y Brentano décadas antes). La tesis de Leibenstein, como la de Easterlin, ponía el énfasis en dos aspectos críticos de la teoría demográfica.

fica contemporánea: (1) el hecho de que el status socioeconómico relativo constituye un determinante de la conducta más importante que los niveles de vida absolutos; y (2) la importancia de los ciclos de retroalimentación (*feedback*), en contraste con las simples pautas. El valor de esta perspectiva radica en que constituye un lugar de encuentro para los demógrafos occidentales y los marxistas. El crecimiento demográfico no es percibido ya como causado simplemente por un único conjunto de factores; tampoco se percibe ya que haya de tener un único conjunto de consecuencias prescritas. Ahora sabemos que el mundo es más complicado y que el crecimiento demográfico origina cambios en la sociedad que a su vez estimulan nuevas respuestas en la conducta demográfica. El resto de este libro está dedicado justamente a ayudar al lector a mejorar su comprensión de dichas interrelaciones.

Resumen y conclusiones

En este capítulo hemos seguido la evolución del pensamiento demográfico desde las doctrinas antiguas hasta las perspectivas sistemáticas contemporáneas. Malthus fue el primero, y sin duda el más influyente, de los escritores modernos. Malthus creía que la existencia de un ansia biológica de reproducción era la causa del crecimiento demográfico, cuya consecuencia natural era la pobreza. Marx, por otro lado, no disentía abiertamente de las causas establecidas por Malthus para el crecimiento, pero se mostraba en vehemente desacuerdo respecto de la idea de que la pobreza fuera la consecuencia natural del crecimiento de la población. Marx negaba que, en sí mismo, el crecimiento demográfico fuera un problema: sólo adquiriría ese carácter en la sociedad capitalista. Quizá parezca sorprendente dedicar a alguien que negaba la importancia de la perspectiva demográfica parte de un capítulo dedicado justamente a destacar la trascendencia de la misma. Sin embargo, el enfoque marxista es lo suficientemente predominante entre los dirigentes de algunos países socialistas como para constituir en sí mismo una perspectiva demográfica de alguna significación.

La perspectiva de Mill, quien en muchas de sus ideas parece contemporáneo nuestro, se sitúa en un lugar intermedio entre la de Malthus y la de Marx. Mill pensaba que el incremento de la productividad podría conducir a la motivación de tener familias más pequeñas, especialmente si la influencia de las mujeres podía hacerse sentir y si la gente era alertada sobre las posibles consecuencias de tener una familia grande. Brentano llevó un paso más allá este tipo de motivaciones individuales, señalando con mayor detalle las razones por las que la prosperidad conduce, por lo general, a un descenso de la tasa de natalidad. Durkheim, por su parte, subrayaba más las consecuencias que las causas del crecimiento demográfico. Estaba convencido de que la complejidad de las sociedades modernas se debe, casi enteramente, a respuestas sociales ante el aumento de la población: la presencia de más personas conduce a niveles más altos de innovación y de especialización.

Algunas perspectivas demográficas elaboradas más recientemente parten, implícitamente, del supuesto de que las consecuencias del crecimiento demográfico son graves y problemáticas, pasando directamente a explicar las causas del crecimiento de la población. La teoría de la transición demográfica indica que el crecimiento constituye un estadio intermedio entre dos situaciones más estables de alta mortalidad y natalidad, por un lado, y de baja mortalidad y natalidad, por otro. La aceptación de esta perspectiva implica percibir al mundo desde una óptica evolucionista: un descenso en la mortalidad será seguido, de forma casi inevitable, por un des-

censo en la fecundidad. La teoría del cambio y de la respuesta demográficos considera el tipo de proceso de toma de decisiones individual que debe producirse antes de que la fecundidad comience a decrecer. La teoría del nivel relativo de ingresos (o de renta) se basa en la idea de que la conducta reproductiva no tiene su raíz únicamente en lo que ocurre en el resto de la sociedad sino también en el status relativo de cada individuo dentro de su sociedad. Se trata de una teoría que pone específicamente en relación la interacción entre las causas y las consecuencias del cambio demográfico.

Tras esta breve aproximación teórica podemos ahora intentar abordar algunos de los hechos demográficos básicos, tratando de encajarlos en un esquema inteligible. El capítulo siguiente contiene una visión de conjunto de la situación de la población mundial.

Puntos a recordar

1. Una perspectiva demográfica es una manera de relacionar información básica referida a la población con teorías acerca de cómo funciona el mundo en el terreno demográfico.

2. Las perspectivas demográficas premodernas tenían una orientación más doctrinaria que teórica. Asimismo, y en general, eran pronatalistas.

3. La perspectiva malthusiana se basa en la obra de Thomas Robert Malthus, cuyo primer *Essay on Population* (Ensayo sobre la población), aparecido en 1798, ha sido una de las obras más influyentes jamás escritas sobre el crecimiento demográfico y sus consecuencias sociales.

4. Según Malthus el crecimiento demográfico es generado por el ansia o impulso de reproducción, si bien se ve, en última instancia, frenado por los medios de subsistencia disponibles.

5. Las consecuencias naturales del crecimiento demográfico, según Malthus, son la miseria y la pobreza, dada la tendencia de la población a crecer más deprisa que la producción de alimentos. Sin embargo Malthus creía que la miseria podía ser evitada mediante el recurso a la contención moral, consistente simplemente en la castidad antes del matrimonio y en el aplazamiento de éste hasta que el individuo pudiese sostener a los hijos que Dios pudiera enviarle.

6. Karl Marx y Friedrich Engels se opusieron virulentamente a la perspectiva malthusiana ya que ésta hacía a los pobres (y no a la inadecuada organización social) responsables de su pobreza.

7. Marx y Engels creían que la sobrepoblación era un producto del capitalismo y que en una sociedad socialista o bien habría bastantes recursos para cada persona, o bien los individuos estarían motivados a tener familias pequeñas.

8. No resulta sorprendente que sean pocos los que hayan aceptado la idea malthusiana de la contención moral, si bien en cambio hay muchos que se muestran de acuerdo en que el crecimiento demográfico tiende a desbordar la producción de alimentos. Estos individuos reciben el nombre de neo-malthusianos y creen en el uso del control de la natalidad.

9. Las revisiones de la ideología marxista con frecuencia incluyen una acción gubernamental más activa para tratar de influir en la limitación de nacimientos.

10. John Stuart Mill afirmaba que el nivel de vida constituye uno de los principales factores determinantes del nivel de fecundidad, si bien pensaba también que los individuos pueden influir sobre su propio destino demográfico.

11. Ludwig Brentano criticó a Malthus porque, desde su punto de vista, las mujeres pobres necesitan tener una motivación positiva para decidir tener menos hijos.

12. Émile Durkheim levantó toda una teoría de la estructura social a partir de su idea sobre las consecuencias del crecimiento demográfico.

13. La teoría de la transición demográfica es una perspectiva que subraya la importancia del desarrollo económico y social de cara al descenso primero de la mortalidad y después, tras un cierto lapso de tiempo, al descenso proporcional de la natalidad. Se basa en la experiencia de los países desarrollados.

14. La teoría del cambio y de la respuesta demográficos pone el énfasis en el hecho de que, para que pueda tener lugar un descenso de la fecundidad, los individuos han de percibir el cambio de comportamiento como una necesidad personal, y en que el tipo de respuesta que adoptan depende de los recursos disponibles.

15. La perspectiva del nivel relativo de ingresos percibe los cambios en la tasa de natalidad como una respuesta a la relación que el nivel de bienestar económico presente guarda con el nivel de bienestar al que se estaba acostumbrado.